

CARTA A JEAN DE TURKHEIM

sobre diversos temas de importancia

-Julio de 1.821-

Jean-Baptiste Willermoz

Nota de Robert Amadou:

El Tratado sobre o de la reintegración por Martinès de Pasqually ¿estaba en la edición oficial, para el uso únicamente de los réaux-croix, dividido en secciones numeradas?

Ningún ejemplar así preparado ha sido aún encontrado en la actualidad; pero ya Jean-Baptiste Willermoz y Jean de Turkheim en su correspondencia se refieren numéricamente al Tratado, del cual cada uno poseía un ejemplar, usando números internos a la obra. Se me ha preguntado acerca de dónde proviene la numeración. En la siguiente carta, Willermoz responde a esta cuestión, al mismo tiempo que a otras. Queda por definir el “original”.

Todos los testimonios del Tratado aparecen con variaciones, a veces con faltas graves, sobre una de las dos tradiciones siguientes:

- a) La “versión original”, llamada versión B, publicada por primera vez, según la copia Kloss, en 1974 / 1995.
- b) El texto definitivo, denominado versión A.

En 1995 apareció la primera edición auténtica del Tratado definitivo (Difusion Rosicrucienne) - no puede ser más auténtica, puesto que depende del manuscrito autógrafo de Saint-Martin, último colaborador de la obra. (En lo sucesivo, la primera edición, especialmente defectuosa, impresa en 1899 y varias veces reeditada, la debemos de considerar, por tanto, proscrita).

El editor de 1995 ha dividido el texto en 284 párrafos numerados; títulos y números de su propia cosecha. Parece ser que, según un pasaje inédito de la carta que se expone a continuación, existió una edición del Tratado, sin ninguna duda

conforme al texto auténtico, pero de alguna forma oficial, y dividido -¿por quién?- en 732 párrafos numerados al margen.

En cuanto a la presente carta, significativa, en efecto, en cuanto a los diversos temas de importancia que aborda, y comprendiendo que ha sido sacada del lote, vista la urgencia, aparecerá un comentario en el próximo CSM.

* * *

Lyon, 5 de julio de 1.821

15-18 (j)

Vuestra carta, mi querido amigo y bien amado hermano, de 9 de junio, me hace esperar una próxima, proporcionándome el más grande placer y haciéndome ver que, a pesar de las diferencias de opinión que nos dividen sobre ciertos puntos, estamos muy próximos en sentimientos sobre otros más esenciales en los que no habíamos pensado ninguno de los dos. Me apresuro a comenzar y responder, aunque me vea obligado durante 10 o 12 días a interrumpirlo.

De lo que no me ocupo en mi casa se han ocupado desde hace 20 años un internado numeroso de jóvenes señoritas que me deja en este momento trasladando su establecimiento a 2 leguas de aquí; he reemplazado a quienes se han ido por otros inquilinos que tienen que hacer muchos cambios; estoy rodeado de obreros de toda clase lo que hace mover y dirigir por encima mi sillón, encontrándome casi sin piernas.

Un rollo con las instrucciones del último año bajo los números 6, 7, 8, 9, con un cuaderno de Noticias preliminares sobre la creación universal, debiera llegaros el próximo mes: por equivocación ha llegado aquí desde Besançon; el querido hermano a Ponte alto os lo ha reenviado por los coches Mad de Franc (?) a Estrasburgo, por lo que creo que ya estará en vuestras manos.

Os felicito de todo corazón por haber comenzado a ser más libre; pronto veréis lo que solo la experiencia puede enseñar, lo que hace que el espíritu se eleve, se amplíe, fortificándose cada vez más a medida que se desprende de las cosas de aquí abajo: tenéis grandes deberes de familia que cumplir, lo habéis hecho, y os felicito de todo corazón; ahora, sin perder demasiado de vista cualquier cosa que la Divina

Providencia o su enemigo os pueda inducir aún para distraeros, comenzad a ocuparos más seriamente de vos mismo.

El estado de debilidad física en que me siento decaído gradualmente no me permite esperar poder reunirnos con el tan querido maestro general.

En el momento en que esta entrevista sea posible, no preveo que produzca toda la aproximación que deseamos; las fuentes rabínicas de las que siempre extrae, que algunas veces producen algo bueno, pero jamás lo excelente, nunca serán las mías, a mí me son necesarias más puras, más seguras, menos mezcladas y sospechosas, y si existen, ¿para qué buscar otras? Además, tomad nota de esto: existen entre los hombres las mejores disposiciones de los unos hacia los otros, pero que han sido elevadas, aunque muy cristianamente, en comuniones diferentes, con tantas prevenciones y prejuicios diferentes que sería necesario algún milagro para que la una no resulte siempre más o menos sospechosa a la otra. Los numerosos vicios personales de los maestros de las nuevas comuniones cristianas han destruido toda confianza para ellos de parte de los católicos romanos; y por otro lado la intolerancia ciega anti-cristiana de la corte de Roma, que yo no confundo del todo aquí con su venerable jefe, se ha vuelto con razón un nuevo obstáculo a toda sincera aproximación. No hablo aquí de prácticas supersticiosas que han sido introducidas por aquéllos, nunca aprobadas, pero demasiado toleradas; no hablo de ello porque ya son juzgadas por todos y no son sino pretextos frívolos para los que quieren seguir separados; la fe es requerida por los dogmas reconocidos por la Iglesia universal, todo lo que no es dogma es sólo una opinión, y las opiniones son libres y no obligan a nadie. ¿Quiénes son los verdaderos discípulos de nuestro divino Maestro? Son sin ningún género de duda los apóstoles y los que fueron instruidos por ellos en los primeros siglos, aquéllos a quienes se dijo: Id e instruid a todas las naciones bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que os he prescrito, y tened por seguro que siempre me encontraré entre vosotros, hasta la consumación de los siglos: he aquí bien establecido y para siempre quiénes fueron nuestros únicos y verdaderos maestros en el conocimiento de la santa doctrina y de los dogmas que debemos profesar. Qué gran prueba de santidad y de alta ciencia nos han proporcionado todos los reformadores de los últimos siglos por atreverse a dirigir nuestra fe, cambiar e interpretar con su fantasía nuestros dogmas más sagrados; jamás habrían salido adelante en tiempos más calmados, pero se han tomado su tiempo: han escogido aquél en el que una multitud de pretensiones orgullosas de la corte romana exaltaban contra ella a un gran número de soberanos haciéndoles desear algunas ocasiones y pretextos para separarse de la misma sin gran peligro político; *inde irae*. Así el amor de una dominación mundana exclusiva en el orden temporal y una multitud de pretensiones tendentes a asegurárselo han contribuido mucho a esta funesta

catástrofe y a su duración. ¿Creéis, por ejemplo, amigo mío, que veo con sangre fría una tiara con tres coronas ciñendo la cabeza del humilde servidor y primer vicario de Aquél que dijo: “Sí, soy Rey, pero mi reino no es de este mundo”? Sufro y gimo; mi cura, mi director y varios otros ministros de los altares que reverencio saben perfectamente lo que pienso, pero ellos vienen de un uso tan antiguo, tan consagrado por el tiempo, que sería peligroso cambiarlo y por esta razón debe ser conservado, y pienso lo mismo.

No he tenido ocasión ni motivo para conversar con el serenísimo gran maestro general sobre la eucaristía de la que jamás dice una sola palabra; evitaré siempre que me sea posible mencionarlo, sabiendo bien que habiendo sido educado en el protestantismo levantaría sospechas contra mí por lo que os he hablado antes. Sin embargo vos me dais un gran placer haciéndome conocer lo que sabéis de su opinión sobre este importante asunto. Me daré por enterado en caso de necesidad. Veo con tristeza que contradice formalmente, atribuyendo todo al espíritu, la palabra sagrada del divino Salvador de los hombres, que habla sin cesar y lo más formalmente posible de la manducación real de su cuerpo, de su carne y de su sangre. En cuanto a su opinión sobre la misa, que él pretende no ser la eucaristía, sino únicamente una cierta operación mágica, le creo en un error más grande que el primero y le compadezco de todo corazón al verlo privarse por un acto de voluntad y para siempre de tan gran socorro.

Es sin duda la comunicación que os he dado el último año de un extracto de un sueño que tuvo lugar ante mis ojos, en el que se encuentra en efecto esta proposición, saber que falta poder celebrar una misa alta requerida por el alivio de un difunto, lo que se puede suplir en caso de necesidad por tres misas ordinarias para obtener una equivalencia. La Iglesia romana no está en absoluto de acuerdo con esta proposición, y creo que no la admitiría porque no cree en los efectos del sonambulismo, pero me ha sorprendido vivamente por su profundidad y veracidad. En un caso y en el otro, el sacrificio es el mismo. No hay y no puede haber ninguna diferencia, pero hay una grande y muy grande para el que asiste, porque el canto prolongado de lo uno eleva y fortifica su intención mucho más alto que una pronunciación rápida que deja muy poco tiempo para reflexionar sobre el valor de cada palabra pronunciada. Así, allí no hay ninguna superstición, el provecho es cierto para quien sepa atraerlo hacia él por la intención más pura y la mejor sostenida. Las misas, las plegarias, las limosnas y todas las obras meritorias y satisfactorias de los vivos alivian de forma incontestable a los difuntos a los que la piedad de los vivos se esfuerza en aplicárseles, pero no los libera antes del tiempo fijado por la justicia divina, como lo han pretendido o pretenden todavía algunos de nuestros teólogos: opinión que tiene su origen como algunas otras en los siglos en que los papas tenían interés en multiplicar los establecimientos monásticos que se convertían en sus tropas auxiliares a su servicio

para favorecer sus pretensiones y que, al mismo tiempo, procuraban a cada uno más medios pecuniarios para satisfacer sus grandes necesidades. La sonámbula de Lyon esclareció esta cuestión hace treinta años, de una forma tan sorprendente y esclarecedora que conciliaba los derechos de la justicia divina con lo que debemos entender por su misericordia, quedándome convencido para siempre de la verdad de su explicación. He aquí los resultados:

El hombre terrestre, al rendir su último suspiro, conoce en ese mismo instante su juicio y se va en ese mismo momento al lugar donde necesariamente por decreto divino debe ejecutarse. (Sólo ve figuras en cosas de un orden elevado).

Por encima de los abismos infernales desconocidos e incomprensibles a los mortales, a los cuales se encontraba ligado más estrechamente que antes la potencia demoniaca después de la victoria de N. S. J. C. sobre la cruz, existen tres lugares expiatorios creados por la justicia y misericordia divinas reunidas a los que denominamos purgatorios. El primero, que es el que está más cerca de los abismos infernales, se llama el lugar de grandes penas y de grandes sufrimientos. Por encima de este lugar, existe otro, denominado lugar expiatorio del medio, donde el alma prueba también sufrimientos y grandes penas, pero no obstante de menor intensidad que en el primer lugar donde son excesivas. Por encima del segundo existe un tercer y último lugar de expiación denominado lugar de pena y privación. Cada uno de estos tres lugares se encuentra dividido y repartido en diez grados que hay que remontar uno tras otro para poder salir; en cada uno de estos diez grados el sufrimiento expiatorio es proporcional y va disminuyendo desde el primer grado de abajo hasta el décimo que está próximo a la puerta de salida.

Por encima de estos tres lugares de expiación existe un cuarto llamado lugar de purificación y de acción de gracias, dividido a su vez en otras tres partes, por encima de las cuales se encuentra el lugar de gran gozo y entera beatitud. ¡Meditad atentamente, mi bien amado hermano, esta sorprendente progresión de grandes misericordias divinas que nos vienen a socorrer hasta el momento de la bondad perfecta! Antes dije que las misas y las buenas obras satisfactorias de los vivos alivian incontestablemente a los difuntos a quienes son aplicadas, pero no los liberan. ¿En qué consisten por lo tanto estos alivios? Helo aquí: El hombre más o menos culpable en el momento de su muerte es situado por la justicia divina en el lugar de expiación en el grado bajo o elevado de este lugar para pasar todo el tiempo que la justicia le ha fijado antes de poder salir de allí. Las misas y las plegarias de los vivos pueden hacer subir al expiante más o menos rápidamente del primer al segundo grado de cada lugar donde espera el fin del tiempo fijado para ese lugar encontrándose de esta forma liberado de todo lo que hubiera tenido que sufrir en cada uno de los grados inferiores al que ha subido, y así de la misma forma para cada

uno de los lugares expiatorios. ¿No es todo ello un muy gran alivio aplicado a los tres lugares de expiación?

Voy al segundo artículo o segunda cuestión de vuestros precedentes relativo al estado futuro de los ángeles rebeldes y saber si la redención de los hombres por J. C. en la Cruz se extiende o se puede extender algún día sobre estos ángeles. Convengamos en principio que se trata de una cuestión bien ociosa para los hombres ya que Dios no ha revelado nada a nadie sobre este tema para que sea capaz de responder. Por lo que se trata de una simple curiosidad que señala el deseo de saber. Esta curiosidad, este gran deseo de saber en el que os encontráis, mi querido amigo, un tanto demasiado proclive, ha producido bastantes desgracias y puede que haya influido en los heresiarcas de todos los siglos que han sido castigados por los errores a los que se libraban en su maquinación, ya que nunca fueron virtuosos. Os invito pues a poneros muy en guardia sobre lo de más arriba para vuestro propio reposo y provecho. No obstante, y para tranquilizaros, añado a lo que vos ya habéis respondido acerca de esta cuestión: Dios, siendo esencialmente justo y bueno, su justicia y su misericordia son infinitas y sin límites. Su justicia operará pues necesariamente su acción sobre el mal y los profesores del mal en tanto que exista, y ellos sólo pueden ser destruidos por un sincero arrepentimiento de los culpables y por una expiación satisfactoria y proporcional a la ofensa; la misericordia por tanto no puede operar eficazmente su acción más que cuando el arrepentimiento ha borrado el mal. Pero dejemos a Dios y sólo a Él el secreto de los medios que juzgará a propósito emplear para operar este prodigio de amor.

Habéis alegrado mi corazón haciéndome conocer las felices disposiciones y las bellas cualidades religiosas del gran duque heredero de Darmstadt que habéis ayudado con tanto celo a recibir *Brevi manu* caballero de la Ciudad santa, y a continuación gran profeso a los dos hermanos de Darmstadt que me habéis citado. Resulta un gran consuelo en un tiempo tan crítico ver a tan altos personajes volverse tan recomendables.

El serenísimo gran maestro general me había hablado y hecho esperar la comunicación de sus altos grados. Yo lo deseaba, pero después que me ha dicho que estos altos grados le han sido dictados palabra por palabra por el Señor; no los he vuelto a pedir más y me vendrán, si me son útiles, cuando el Señor lo quiera.

El hermano de Vaucroze desea una entrevista con el serenísimo gran maestro general, vos también la deseáis con una cierta esperanza y yo la temo por el interés de Vaucroze, espíritu ardiente que a veces resulta muy vivo y deseoso de adquirir nuevos conocimientos; ellos entenderán de las verdades sentimentales que aman los dos, ¡pero cuidado con atraerlo a lo maravilloso!

Completaré en lo que pueda lo que os he ofrecido con el fin de facilitar la inteligibilidad del Tratado de la reintegración de los seres de don Martinès de Pascualys del cual vais a ocuparos. Me pedís sobre este sujeto que os diga si era judío como vos lo aseguráis. Yo respondo que no, no lo era y jamás lo ha sido. Como iniciado en la Alta Ciencia Secreta de Moisés, era gran admirador de las virtudes de los primeros patriarcas judíos, pero sólo hablaba con desprecio de los jefes modernos de esta nación a la que solo consideraba como rapiñosa y plena de mala fe. Sus inconsecuencias verbales y sus imprudencias le suscitaron reproches y mucho desagrado, pero al estar lleno de una fe viva pudo sobreponerse a ello. En su ministerio, él había sucedido a su padre, hombre sabio, discreto y más prudente que su hijo, quien con poca fortuna residía en España. Había colocado a su hijo Martinès aún joven en los guardias Valones, donde tuvo una querrela que acabó en un duelo en el que mató a su adversario. El duelo era imperdonable en España, e hizo falta huir con prontitud y por largo tiempo, por lo que el padre se dio prisa en consagrarle como su sucesor antes de su partida. Tras una larga ausencia, el padre, conociendo que se acercaba el fin de sus días, mandó a su hijo regresar con prontitud a su lado con el fin de recibir las últimas ordenaciones e instrucciones, lo que fue ejecutado. Yo no conocí al hijo hasta 1.767, mucho tiempo después de la muerte del padre. Le conocí en París a donde había acudido a solicitar la cruz de San Luis para sus dos hermanos cadetes domiciliados en Santo Domingo y que acababa de obtener. Trabajó conmigo mucha amistad y una gran confianza que se sostuvo hasta su muerte. Me dio pruebas sensibles prolongando su estancia en París durante algunos meses más con el fin de poderme avanzar rápidamente en los altos grados de sus conocimientos a los que me destinaba y me dejó a las puertas del último, reservado únicamente para él como jefe. Era viudo sin hijos, y volvió a Burdeos para casarse con una mujer virtuosa que había elegido, esperando a través de ella tener un sucesor. A finales de año tuvo un hijo que fue bautizado solemnemente por el cura de su parroquia. A la vuelta de la iglesia se encerró con el niño y cuatro de sus amigos que estaban avanzados en sus conocimientos y allí hizo con ellos la primera consagración de su hijo. Esto fue notable y da lugar a buenos propósitos acerca de él. Yo sabía que me tenía aprecio ya que había sido prevenido de esta ceremonia el mismo día que debía realizarla y me había invitado así como a los hermanos de los más altos grados de Francia a asistir, aunque ausentes y alejados, a esta augusta ceremonia. Algún tiempo después partió para Santo Domingo donde murió ya en edad avanzada. En el instante de su muerte, realizó a 2.000 leguas de distancia un saludo de despedida a su mujer que estaba ocupada con un bordado, atravesando [la sala] en línea diagonal, de levante a poniente, de una forma tan impactante que su mujer exclamó ante varios testigos: “¡Ah, Dios mío!, mi marido ha muerto”. Hecho que fue verificado y confirmado. La madre viuda dio durante bastantes años sus cuidados maternales a la educación de su hijo, casándose de nuevo con un capitán de un buque

mercante. Los terribles acontecimientos de la Revolución pronto sobrevinieron, ¡jamás se me ha permitido conocer qué fue del hijo, e ignoro si está vivo o muerto! He aquí lo que puedo deciros de cierto sobre el pretendido judío del que me habláis. Desde entonces, yo enseño por otra vía a la que doy mi confianza, aunque don Martín haya expiado en el otro mundo con sufrimientos durante varios años sus faltas e imprudencias humanas siendo recompensado por su gran fe y elevado a un alto grado de beatitud donde ha sido visto portando sobre la boca el signo respetable que caracteriza al sacerdocio y al episcopado. He aquí, amigo mío, lo que puedo deciros de cierto sobre este pretendido judío del que me habláis, de este hombre extraordinario como jamás he conocido otro igual.

15 de julio

Continuación de mi carta de 5 de julio de 1.821

Voy a vuestra tercera y última cuestión insertada en vuestra carta de 9 de junio sobre la naturaleza y el destino del hombre primitivo y el tipo de su prevaricación. El cuidado que habéis puesto en concentrarla y generalizarla para poder reducirla a las menos palabras posibles la hace muy compleja, muy complicada e incluso tan oscura que resulta irresoluble para mí. Tales cuestiones deberían pronto ser objeto de algunas conversaciones que se puedan extender o detener a voluntad, más que de una correspondencia epistolar que siempre tiene límites naturales, si no se desea exceder estas limitaciones. Mis 92 años ya han comenzado inevitablemente a disminuir y desgastar mis fuerzas físicas, y mis fuerzas morales e intelectuales deben resentirse necesariamente más o menos por este desgaste; os invito por tanto, mi buen amigo, en tal caso a diluir más vuestras cuestiones cuando éstas sean complicadas, a dividir las en tantas partes que parezcan susceptibles, especificándolas por 1º, 2º, 3º, etc., etc. Yo responderé en el mismo orden en tanto que pueda, deteniéndome cuando sienta el deseo de hacerlo. Creo que ambos ganaremos así. Por mi parte, os comprendería mejor, y por la vuestra mis respuestas más precisas, menos verbosas, os satisfarán más. Os invito amistosamente a ensayar mi receta. Pero por ahora, no queriendo dejaros sufrir sobre la totalidad y creyendo entrever en parte lo que deseáis, os atiendo sobre vuestra última cuestión, tratando de responderos con algunas generalidades.

En principio, el hombre primitivo no era un agente divino, como creéis haberlo visto en nuestras instrucciones, pero estaba destinado así como toda su clase a ser de los grandes agentes de la Divinidad, lo cual es muy diferente. La calificación de

agente divino no pertenece sino a J. C. únicamente considerado en su humanidad, porque bajo este velo que sólo debía ser desgarrado tras su muerte en la cruz por su resurrección y su ascensión, no dejó de ser Dios.

Por las palabras empleadas en el Génesis donde Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, hay que entender al hombre general, la especie humana entera y la multitud de inteligencias humanas que Dios ha emanado de su seno y considerarlas a todas en su estado de emanación destinadas a recibir pronto, por la emancipación, un alto destino y misión que aún no han recibido. En esta multitud, Dios escogió a uno que emancipó sacándolo del círculo general de emanados y enviándole al espacio creado para habitar en el centro de las cuatro regiones celestes. Allí le hizo conocer su alto destino y el de su clase que debía ayudarle a cumplirlo. Le estableció como jefe de su clase y dominador de todos los seres espirituales, buenos o malos, que habitaban el espacio universal. Finalmente, le estableció y le nombró hombre-Dios de la tierra haciéndole operar en su presencia tres actos particulares por los que se probó a sí mismo la muy grande potencia universal de la que acababa de ser revestido sobre toda la naturaleza creada, ya que su potencia de mandato se limitaba al espacio creado y a lo que contiene, no extendiéndose sobre los seres espirituales habitantes de la inmensidad divina con los que fue puesto en relación íntima.

Aún le quedaba un cuarto acto por operar para completar su emancipación y recoger todos los frutos. Pero ese cuarto acto debía de ser operado por él sólo y según su propia voluntad; es por lo que Dios se retira, le deja libre a su libre albedrío para este cuarto y tan importante acto, después de las mayores recomendaciones hacia sus deberes.

Revestiéndole Dios de tan grandes poderes, le había hecho conocer sus cuatro grandes nombres sagrados, por los que podía mandar virtualmente a toda la naturaleza creada en el espacio, dándole al mismo tiempo el verbo de creación de forma gloriosa e impasible, semejante a la suya propia, para revestir a todos los seres humanos para lo que tenía que pedir a Dios cuando quisiera la emancipación para que viniese a ayudarle en sus funciones, y Dios le prometió con juramento coronar su obra en ese 4º y último acto enviando un ser espiritual de su clase a habitar la forma gloriosa que él le habría destinado. Este primer hombre emancipado, al que llamamos Adam, quedó sólo y librado a sí mismo, glorificándose de la gran potencia que acababa de manifestar por sus tres primeros actos; esta glorificación tan peligrosa fue un comienzo del mal, que el Génesis denomina sueño. Ahora bien, este sueño del Espíritu (ardor)] resulta muy significativo. El príncipe de los demonios tuvo enseguida conocimiento de ese comienzo del mal apresurándose en ir al instante cerca de Ad[am (ardor)] para aumentarlo y consumarlo por los consejos más perversos, que le sedujeron al punto de olvidar por entero las recomendaciones divinas

y operó su 4º acto de operación de formas gloriosas, conforme a los consejos demoniacos que le dirigían. He aquí su crimen. Asombrado después y afligido de obtener solamente de su operación un cadáver inanimado y material en lugar de la forma gloriosa activa que esperaba, osó requerir a su Creador por su juramento el enviar un ser espiritual de su clase a habitar ese cuerpo material inanimado. El Creador, atado por su juramento, no pudo rehusar a ello siendo éste el origen de Eva donde el ser pensante es verdaderamente de la misma clase y de la misma naturaleza que la de Adam y su posteridad.

El crimen de Lucifer es diferente. Le es propio y efecto de su orgullo. No fue seducido como Adam por un enemigo muy astuto, quiso ser igual a Dios creando seres espirituales que dependieran de él como él mismo [se] sentía depender de su Creador, pero el poder de crear seres espirituales pertenece a Dios. Solos Lucifer y los suyos fueron confundidos.

Sobre el sentido del fruto prohibido del que Eva dio de comer a Adam, no estoy lo bastante seguro como para osar dar una explicación personal y en este caso tengo como hábito el callarme y no desear nada. No sé qué entendéis por la palabra sensualidad que empleáis aquí; os ruego me lo expliquéis.

No comprendo muy bien qué significan las palabras criptocaticismo de la que vuestra comunión protestante os acusa; hacedme el favor de explicármelo también.

Atenderé ahora vuestra próxima carta de Alford para responder a los diferentes artículos que me anunciáis y que deben de ser tratados.

Debéis comenzar la lectura de una obra muy importante pero muy difícil (el Tratado de la reintegración de los seres). Es el momento en que os doy los consejos de la amistad para que os resulte la lectura provechosa. Comenzad por realizar una lectura reflexiva pero continua y más o menos rápida de toda la obra, de principio a final, sin buscar penetrar demasiado en el sentido de las cosas que en principio rehusará vuestra inteligencia y consentid desde el fondo de vuestro corazón, ante el autor de todas las luces, quedar en la ignorancia de las cosas que no hayáis comprendido en esa primera lectura, pero no volváis a comenzarla y no la prosigáis más que en los días y en los momentos en que sintáis calmado el espíritu sin preocupaciones de ningún tipo.

Después de esta primera lectura rápida, recomenzad una segunda, más meditada, más reflexionada, y señalad vos mismo los artículos sobre los que aún os quedan dificultades. Es sobre lo más esencial de aquéllos que a continuación elegiréis las principales preguntas que me haréis a mí o a otros; y si antes de ponerlas al día os sentís tentado de realizar una tercera lectura del total, bien meditada, resolveréis por sí mismo algunas de ellas y os quedará mucho menos para presentar a los demás. Pero para poder entendernos, hacedme saber si tenéis el Tratado

completo o no; para ello citadme el primer párrafo completo y el último. Cada párrafo debe estar señalado al margen por un número particular; mi ejemplar, copia fiel del original, comienza por el párrafo 1 y finaliza en el párrafo 732, que trata de la entrevista del rey Saúl con la Pitonisa y de la evocación que ésta hizo, a petición de Saúl, del espíritu del profeta Samuel. Según estos puntos de adhesión, podremos entendernos más fácilmente sobre el conjunto, porque la obra de Pasqually, que debiera haber llegado hasta el advenimiento y la ascensión de J. C., no va más allá de la época de David y de Saúl, dejándonos grandes pesares a todos aquéllos a los que él llamaba sus émulos, pero su muerte la puso fin.

Hacedme conocer lo más pronto que podáis si la copia del Tratado que tenéis en vuestras manos es íntegra o no, transcribiéndome para ello la primera y la última frase del vuestro y explicándome cómo contiene vuestra copia los párrafos. Os abrazo desde el fondo de mi corazón y quedo, esperando vuestras noticias, querido amigo y bien amado hermano, a vuestra disposición.

P.D.: Conoceréis bien por la lectura del Tratado que a menudo el autor era dictado y dirigido por un agente invisible.

Mi carta en 3 hojas
del 5 al 15 de julio de 1.821
al hermano barón de Turkeim (a Flumine)
en respuesta a la suya de 2 hojas
desde Darmstadt de 9 de junio de 1.821